Año XV. Madrid 28 de Febrero de 1865. Núm. 584.

EL CORREO DE LA MODA.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Revista de Madrid, por Fabricio—A Sofía (poesia), por don A. F. Grilo.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Clemencia [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Sol y Mar, [poesía], por don Emilio Nieto.—Teatros, por don Diego de Rivera.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: *Figurin, núm.* 770, *bis.*

REVISTA DE MADRID.

Las fiestas del Carnaval se han *anticipado*, queridísimas lectoras, con grande contento de los habitantes de la coronada villa.

Las noches anteriores han paseado las calles de la capital alegres grupos tocando en los instrumentos del pais diferentes aires nacionales en justa y espontánea manifestacion de su gratitud hácia el acto sublime de generosa abnegacion que acaba de dar una augusta Señora.

Los establecimientos donde se alquilan trajes y se venden caretas han estado favorecidos de una juventud bulliciosa que se disputaba los disfraces con que pocas horas despues habia de embromar á sus conocidos en los bailes públicos y particulares.

En los círculos de la alta sociedad han tenido lugar magníficas funciones, y por mas que El Correo, como todos los periódicos semanales, venga á coger estas flores del arte, del buen gusto y de la Moda á un campo espigado ya por los diarios, no por eso ha de renunciar á describir en sus columnas estas funciones que, despues de dar una alta idea de la aristocracia madrileña, llevan el pan y el consuelo á las clases trabajadoras.

Por mas que deploremos el lujo como ruina de las familias poco previsoras, lo consideramos como un bien providencial con respecto á la sociedad en general. Así como el caudal líquido de los mares y rios se evapora en la atmósfera formando caprichosas nubes que derraman una lluvia benéfica sobre los campos, así tambien la necesidad de representar una alta posicion social pone en movimiento capitales que sin aquel móvil permanecerian estancados, y los derraman en lluvia de oro sobre infinidad de familias que cifran su subsistencia en el fausto de los salones.

Las mujeres no son las que salen peor libradas en este reparto: modistas, encajeras, floristas, guarnecedoras esperan la temporada de fiestas con la misma ansiedad que el labrador la época de la recoleccion.

En la noche del jueves último los señores de Soler obsequiaron á sus amigos con una de esas brillantes fiestas á que los tienen tan acostumbrados. Sus salones, adornados con la suntuosidad y esquisito gusto tan conocidos de los que los frecuentan, estaban cuajados de una distinguida concurrencia.

La funcion principió con un concierto compuesto de las piezas siguientes, acompañadas al piano por el señor Sckodopoll.

Aria de *La Cenerentola*, por el señor Scalese.

Duo del *Barbero*, por los señores Baragli y Aldighieri.

Romanza francesa, *Mon pauvre chien*, por el señor Nicolini.

Romanza de *Otello*; por la señora Spezzia.

Aria de *las bodas de Fígaro*, por el señor Gassier.

Cuarteto de *Rigoletto*, por la señorita Güell, que accediendo á los ruegos de todos desempeñó admirablemente su parte con la señora Lagrange y los señores Aldighieri y Nicolini.

Terceto *Papattacci* de la italiana en Argel, por la señora Spezzia y los señores Scalese y Gassier.

Romanza de *Il Ballo in maschera*, por el señor Aldighieri.

Aria de *Rigoletto*, por la señora Lagrange.

Duo del *Barbero*, por la señora Spezzia y el señor Aldighieri, su esposo.

Concluida la *soirée* musical pasaron los convidados á un espléndido *buffet*, servido con la magnificencia y abundancia proverbiales en la galanteria de los dueños de la casa.

Terminó la funcion con un animado baile que hizo las delicias de los pollos de ambos sexos.

En la misma noche tuvo lugar en casa de la señora doña Dolores Samaniego de Carvajal una funcion dramática en la que se representó la comedia *El hombre de mundo*, desempeñada con la mayor perfec-

Biblioteca Nacional de España

cion por la señora de Luxan, las señoritas doña Leonor y doña Dolores de Carvajal y los señores Baena, Liniers, Canga Argüelles y Santoyo.

La concurrencia fué numerosa y escogida: recordamos entre otros nombres los de las señoras marquesa de Prado Alegre, duquesa de Uceda, con sus hijas, condesas de Torrejon, de Superunda, de Toreno, de Tepa y de Velarde, y de las señoras de Sotomayor, de Liniers, de Lobo y de Mac-crohon.

Todos salieron muy complacidos de la amabilidad de la señora de la casa, que tan agradables ratos proporciona á la sociedad madrileña con las obras ejecutadas por *la troupe* de aficionados, tan elegante como entendida, que reune en su casa.

En la noche del domingo se ha dado en el lindo teatro del palacio de Medinaceli una funcion dramática, poniéndose en escena la comedia arreglada á nuestro teatro por D. Ventura de la Vega, titulada *Perder y cobrar el cetro.*

Esta funcion fué desempeñada por la señora duquesa de Medinaceli, por su señora hermana la marquesa de Villaseca, la señorita de Paz y Membiela, y los señores D. Julian Romea, su hijo don Alfredo y D. Ricardo de la Vega.

Tambien han dado una magnífica funcion los señores Duques de Fernan Nuñez, y otra el señor Campo en su palacio de Recoletos, de las que no podemos ocuparnos en esta Revista.

FABRICIO.

LITERATURA.

Á SOFÍA.

Blanca es la luz, purísima y serena,
Que al despertar el sol la aurora envia;
La vírgen azucena
Es blanca como tú, bella Sofía.
Con lánguidos cantares
Arrullaron tu cuna
Los roncos ecos de andaluces mares.
Mares que con estrépito gimieron
Azotando las playas españolas,
Y en tus ojos pusieron
Todo el azul de sus tranquilas olas.

—

Azules son los lirios y los montes,
Azules las neblinas de la tarde,
Azules son los anchos horizontes,
Azules las esferas y los lagos,
Azules los torrentes,
Azules son nuestros ensueños vagos.
Azul, niña, es el cielo
Que pinta el sol con sus colores rojos;
Azul es, de los piélagos el velo,
Y azules son tus celestiales ojos.

—

¿No has visto, niña, despertar las flores
Al beso de las dulces mariposas,
Mensageras de cándidos amores?
¿No víste, niña, en campos de esmeralda
Y entre orillas de arenas
Tender el rio su flotante espalda?
¿No víste entre la bruma
Del mar en los magníficos cristales
Copos de hirviente espuma
Bordados entre perlas y corales?
¿Viste del sol el pálido reflejo
Cuando despierta el dia?....

—

Pues mírate al espejo
Y verás mas bellezas todavía.

A. F. GRILO.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

VII.

De Adela á Leonor.

—

Has sido demasiado severamente castigada por tu misma falta, Leonor, para que yo intente con reproches aumentar la pena que te agovia.

Tampoco podria dirijírtelos con justicia, porque habitando en este apacible retiro, como tú le llamas, apenas acierto á comprender esas luchas de amor propio, que me parecen insensatas. Cómo? Para humillar momentáneamente á una rival favorecida por la suerte; para alcanzar el triunfo de un segundo, arriesgar la paz de la conciencia, hollar las leyes del decoro, faltar á cuantos sentimientos hay nobles y sagrados en la tierra?

¿Qué estúpido juego es ese, en el cual se pone á una sola carta todo el porvenir de la existencia?

Pero Leonor, aun suponiendo el triunfo, ¿cómo podian enorgullecerte los laureles alcanzados por medio de la baja intriga, de la impostura audaz y vergonzosa? No ves que descendias al nivel de esa mujer imitando su conducta? No ves que tenias que obrar como ella, atrayendo á Leopoldo, á quien no amabas, para verte obligada á desdeñarle luego? No

Biblioteca Nacional de España

ves que has obrado absolutamente como ella, engañando á un hombre honrado?

¿Cómo podrás mañana elevar la faz delante de Margarita, y abrumarla con tu desprecio, si has sido mas débil, mas culpable que ella? ¿Es esa la guerra que debe hacer una mujer que se estime en algo á sí misma? Son esas las armas que deba esgrimir la jóven que se ha elevado á la sombra de estas buenas madres, que tanto la han recomendado la propia dignidad y la noble elevacion de sentimientos?

Perdona si te riño: no queria hacerlo, pero estas reflexiones me las arrancan el pesar y la sorpresa.

¡Oh, bendito mi retiro, si me preserva de empeñar esas batallas nefandas que tanto desdoran y menoscaban el honor de una mujer!

Pero no, la honradez es una flor que puede cultivarse en todas partes; que lo mismo crece en los empinados montes que en las simas profundas y escondidas. Eres muy niña aun, has tenido un momento de descuido, y has dejado que la pobre flor, falta de riego, incline el mústio tallo y desfallezca!

¡Pronto, pronto! ¡Es preciso que antes que muera la hagas revivir y florecer con el benéfico riego de tu llanto!...

Una falta solo puede borrarse por medio del arrepentimiento; el arrepentimiento solo puede manifestarse por medio de la espiacion!...

¡Si has tenido valor para cometer un delito, ténlo tambien para confesarlo!... Corre en busca de tu tio, cuéntaselo todo!... Cuánto mayor sea tu vergüenza, tu confusion al revelárselo, mas indeleblemente quedará grabado en tu alma el recuerdo del amargo fruto que reportan las malas acciones; el recuerdo de que no se puede faltar al mas leve de los deberes sin esperimentar al instante un severísimo castigo!....

¡No añadas á tu crímen, porque yo tal le considero, otro crímen mas negro todavía; no comprometas el porvenir de un hombre de bien, que se ha dignado elegirte por esposa, engañándole al pié de los altares!...

¡No, Leonor, no cometas semejante infamia, que ya no tendria escusa ni delante de Dios, ni delante de los hombres!

No te diré que los aplausos que alcanza una mujer pérfida y coqueta sean ó no pasajeros, porque no me importa el saberlo. Lo que sé es, que esos aplausos son deshonrosos á sus propios ojos, y que rebajan la santa estimacion que un alma debe profesarse á sí misma! Lo que sé es, que asi como el audaz conquistador vé turbado su sueño por los ayes y gemidos de sus víctimas, la mujer coqueta no puede gozar de un sueño apacible ni tranquilo, recordando los males que ha hecho, los males que medita! No, Leonor, rompe desde luego esas armas de dos filos que hieren á los demas, hiriéndote á tí misma!

Evita toda clase de apariencias: las mas leves son un delito en la mujer, cuya única gloria consiste en la universal estimacion. La amistad entre un hombre y una mujer, cuando traspasa los justos límites, suele ser comprometida y peligrosa para entrambos. La historia de tus desaciertos empieza con tu amistad hácia Leopoldo. Si tú hubieras impedido que se mostrase en público tan asíduo contigo, tu amor propio no hubiera sido puesto en juego, y no hubieras tenido que recurrir á tan villanos medios para alcanzar su triunfo!

El general que no presenta la batalla no puede temer el oprobio de la derrota: el general tal vez no pueda escusarla, pero las mujeres no han nacido para guerrear, sino para hacer que floresca por todas partes el árbol de la paz hermosa y bienhechora! No recojas jamás el guante que te arrojen, y no te verás envuelta en los azares de la lucha. Si quieres aplausos conquístalos con tu modestia; si quieres coronas fórmalas de virtudes!

¡Oh, mi dulce Leonor, perdóname, si á pesar mio, la indignacion me ha llevado demasiado lejos! Es que te amo: es que te amo tanto, que mas quiero arrancarte lágrimas amargas, que ver como se contamina la pureza de tu alma, arrastrándose por el cieno de pasiones tan bajas y mezquinas!

Recuerda que el amor propio, cuando ciñe la diadema de la noble emulacion, es una cosa santa; que es una cosa vil y despreciable cuando se ampara de la tea destructora y dá abrigo en su pecho al áspid de la envidia.

Recuerda que del primer paso que imprime la mujer en la senda de la vida, depende su futura dicha, y que los claustros silenciosos, los hogares domésticos desprovistos de ventura, y los piadosos asilos en donde hallan un refugio los que carecen de amparo, están poblados de mujeres infelices, que han rendido un culto esclusivo al necio amor propio, que han cedido á un movimiento de pueril despecho, y que van sembrando su camino de lágrimas, sin esperar otro término á sus penas mas que la negra tumba!

La mujer no ha nacido para brillar, sino para ser bendecida y respetada!

La mujer de nobles aspiraciones, debe desdeñar todo brillo que no dimane de su propio mérito!

Deja pues, Leonor, deja que el humilde charco de agua se ufane con el momentáneo brillo que le presta un rayo de sol: el sol se retira, y queda convertido de nuevo en inmundo charco! Deja que el tosco pedazo de vidrio, escondido entre las guijas, aparezca á los ojos del viajero como un espléndido diamante, que el viajero lo arrojará lejos de sí con desden al reconocer su engaño!

Apresúrate, corre en busca de tu tio, que nunca para el bien es tarde, y de aquí en adelante ante-

Biblioteca Nacional de España

pon al mundo tu conciencia, y no ambiciones jamás lauros que tus virtudes no hayan fecundado!

ANGELA GRASSI.

CLEMENCIA.

Continuacion.

Preocupada con su difícil situacion, ó mas bien con la resolucion que habia tomado y debia en aquel instante realizar sin sentir el valor necesario, miraba con estupor cuanto á su alrededor pasaba, y semejante al náufrago, cuyas fuerzas aniquiladas no le permiten asirse á una roca salvadora, así Clemencia luchaba y desfallecia.

—No tembleis así, hermosa niña, esclamó el Alcalde con dulzura, venid y admirareis desde la glorieta la luna que se retrata en las cristalinas aguas del estanque.

—Ah, señor! murmuró Clemencia, cuánto agradezco vuestras bondades. Ah! seria indigna de ellas, si callase por mas tiempo: no, no, antes que llegue nadie hablaré.

Y precipitaron el paso: el Alcalde, sorprendido de aquellas palabras, y Clemencia víctima de su profunda turbacion.

Cuando llegaron á la glorieta, el Alcalde fué el primero que rompió el silencio, murmurando:

—¿No es verdad que desde aquí se descubre un paisaje encantador?

Pero Clemencia pálida, con la vista baja, en una actitud humilde y majestuosa á la vez, guardó silencio.

Al cabo de un instante, y como haciendo un supremo esfuerzo, esclamó con acento febril:

—Caballero, vuestro hijo quiere casarse conmigo.

—Mi hijo! ¡mi hijo esposo vuestro! mi hijo es un niño.

—Hé ahí lo que yo le he dicho una y mil veces, murmuró la jóven con candor; ¡he puesto en juego cuantos recursos han estado á mi alcance para hacerle desistir de su fatal cariño, y hoy sin esperanza de poder conseguirlo, me dirijo á vos, para que por interés suyo, por interés mio, por interés de todos, busqueis un medio de remediar esta desgracia!

Su lenguaje sencillo, su acento firme y su noble ademan, daban á esta estraña confesion algo de poético y solemne. Al fin, haciendo un esfuerzo, habia realizado el proyecto que concibiera, de buscar un defensor contra Julio, ó mas bien contra su propio corazon.

El Alcalde quedó mudo de admiracion: sus instintos generosos luchaban contra su ambicion, y no sabia cómo vencer aquella situacion difícil. Al fin, tratando de ganar tiempo, esclamó casi con acento paternal:

—Sentáos, querida Clemencia, reponéos.

La hizo sentar, ocupó un asiento á su lado como en ademan de hablar, y calló de nuevo. Hay en la calma de una noche de verano, en el pálido brillo de la luna, un tinte misterioso y solemne que impresiona el alma; y si ante ese recogimiento de la naturaleza un alma virtuosa se manifiesta en todo su esplendor, el hombre mas audaz y descreido se siente arrastrado á una sublime contemplacion.

—Querida Clemencia, esclamó al fin, os doy gracias por vuestra confianza, y comprendo muy bien que el amor de un niño, como mi hijo, no pueda satisfaceros: hay en vos un talento superior, una aspiracion elevada que solo podria apreciar un hombre de otra edad y otras condiciones que mi hijo: dia llegará en que esa persona se presente, y entonces...

—Seria inútil, caballero: no me casaré nunca.

Hay frases que cambian una situacion, y estas, pronunciadas con firmeza y dignidad, sellaron los lábios del Alcalde, que solo se atrevió á añadir:

—Volvamos á la quinta, y cred que mi esposa y yo agradeceremos eternamente la revelacion que acabais de hacerme.

Clemencia tomó de nuevo su brazo y penetraron en la quinta, á tiempo que todos hacian mil conjeturas por su ausencia, y Julio los buscaba impaciente por todas partes.

Llegó por fin el instante de regresar á la ciudad, y la tartana se puso de nuevo á disposicion de Clemencia y su familia, acompañándolos el Alcalde hasta el mismo carruaje. La vuelta fué rápida y alegre: madre é hijo olvidaron con las impresiones gratas de aquel dia el peligro del camino, y Julio se mostraba oportuno é ingenioso, animado por su amor y sus esperanzas. Solo Clemencia no participaba de la alegria general, y mientras los demas reian dejaba correr en silencio sus lágrimas, protegida por las sombras de la noche.

VI.

Progresos de Augusto.

Dias hay en la vida que dejan tras sí un reflejo de ventura que ilumina dulcemente los sucesivos.

Augusto y su madre habian adquirido en casa del Alcalde el convencimiento de que Julio se uniria á Clemencia, y ambos se mostraban mas afectuosos con la pobre niña, aconsejándola siempre accediese á un proyecto tan ventajoso para todos. Julio, fuerte con su apoyo, y mas aun con la ternura que creyó

Biblioteca Nacional de España

sorprender en los ojos de la jóven el dia de la fiesta, se mostraba cada vez mas apasionado, y solo la jóven, asediada por todas partes, y no confiando ya en su fuerza de voluntad, aguardaba con impaciencia el socorro que habia pedido á Mr. Moreau.

Un mes transcurrió en este estado, al cabo del cual llegó un dia Augusto á su casa mas pronto de la hora acostumbrada, con la mirada ardiente, y animado su rostro con una espresion de orgullo satisfecho.

—¡Si supierais! si supierais! esclamó al entrar en la sala donde cosian su madre y hermana.

La primera se lanzó á él preguntándole con ansiedad qué ocurria, á cuyas palabras contestó Augusto que el jefe le habia llamado, prodigándole grandes elogios, y anunciándole que iba á ser trasladado á París con mayor sueldo.

Su madre, que le escuchaba trémula de gozo, esclamó consternada al oir sus últimas frases.

—A París, hijo mio! espero que rehusarás semejante cambio, porque yo no te dejaré partir solo.

—De ningun modo: vendreis conmigo las dos, esclamó Augusto en aire de proteccion.

Su madre se permitió aun algunas observaciones: hacia tanto tiempo que habitaba en aquella ciudad; en ella habian nacido sus hijos; en ella habia muerto su marido, y en ella se encontraban todos sus amigos, todas sus afecciones! A esto añadió que se podria hablar á Mr. Moreau para que con su influencia deshiciese aquel cambio fatal. Augusto la trató de loca, diciendo que consideraba como una desgracia la mayor de todas las fortunas, y que solo las gentes que valian mucho eran llamadas á París; que una vez en la capital haria brillar sus excelentes dotes, y que estaba seguro de obtener una direccion antes de cumplir treinta años, y de ostentar en su pecho la cruz de la Legion de Honor. Al cabo de una hora su madre habia cedido, como de costumbre, y participaba de su orgullosa satisfaccion. Solo se atrevió á indicar á su hijo que aquel viaje seria un obstáculo para el matrimonio de Clemencia; ¿pero qué significaba la jóven ante el porvenir de Augusto? Solo Clemencia que conservó su sangre fria, comprendió que aquel nombramiento era obra del padre de Julio, que de este modo cortaba sus amores.

Aquella misma noche la traslacion de Augusto se sabia en toda la ciudad. Mad. Moreau, á quien su marido no habia dado parte de nada, corrió á casa de sus amigos á manifestarles el sentimiento que le causaba su partida, lo que hizo esclamar á la madre de Augusto:

—Esta mujer hubiera consentido en el matrimonio de su hijo.

Augusto insinuó entonces que no habia renunciado á sus proyectos, y que esperaba casar muy bien á su hermana con Julio, ó con cualquiera otro. La madre ébria de orgullo le estrechó en sus brazos, esclamando que tan buen hijo y tan buen hermano debia merecer la proteccion de todo el mundo.

Despues, cuando Julio creyó encontrarlos solos, llegó desolado, preguntándoles qué pensaban hacer, pregunta que llenó de asombro á la madre y al hijo. Julio añadió que debian rehusar desde luego, que aquel cambio era obra de su padre, que de este modo le separaba de Clemencia, y suplicó á Mad. Ogé no se dejase cojer en el lazo que le tendian.

Ésta quiso tranquilizarle con palabras vagas, mientras Augusto podia apenas dominar su indignacion, al ver que suponian no era á su propio mérito á lo que debia su nueva posicion. Cuando Julio se dirigió directamente á él, esclamó con petulancia: que no son los amigos los que nos suelen hacer justicia, y que á veces los estraños comprenden mejor nuestro valor, añadiéndo que estaba resuelto á ir á París, donde su mérito le llamaba. Julio comprendió su indiscrecion al herir el amor propio de aquel necio, y corrió trás él á la calle, empleando cuantos medios estuvieron á su alcance para cerrar la herida que habia abierto. Al dia siguiente volvió abatido, sin esperanza de convencer á su obstinado amigo, y en sus facciones alteradas, en su mirada enérgica y sombría se revelaba lo intenso de su dolor. A su llegada, la criada le advirtió que su señora habia salido con Augusto, dejándole pasar al advertirle el jóven que tenia necesidad de ver á su amigo, y le esperaria en su cuarto.

A estas palabras se dirigió rápidamente por el interior de la casa, deteniéndose ante la puerta del cuarto de Clemencia, cuya puerta jamás se habia permitido franquear. Escuchó con ansiedad, y el silencio profundo que en el cuarto reinaba, le hizo sospechar si Clemencia habria salido con su madre; cuando de repente un suspiro, imperceptible para otro oido que no hubiera sido el de un amante, le advirtió la permanencia de la jóven en su cuarto. Entonces, sin poderse contener abrió la puerta bruscamente presentándose ante Clemencia, que se levantó asustada, teniendo en su mano un pañuelo que bordaba, destinado á la esposa del Alcalde como un recuerdo de despedida.

—Perdonadme, esclamó Julio, si he penetrado hasta aquí, y no os ofendais si he saltado por todas las consideraciones para poder hablaros, acaso por la última vez. El que ha combinado este plan infernal, dotado de maravillosa astucia, ha comprendido que era preciso desplegar á los ojos de Augusto el esplendor de París para arrancaros de mi lado! Y es mi padre sin duda. ¡Oh, sí! pero quién ha podido descubrirle mi amor?

Clemencia no se atrevió á confesar su propia debilidad y el estremo á que habia llegado por curar á

Biblioteca Nacional de España

Julio, quien al ver el silencio de la jóven, continuó con amargura:

—Cuán loco soy! desde hace algunos dias creia que os interesábais por mí, que no os desagradaba mi cariño, y esperaba.... ¡Nécio de mí! Mi padre ha sido el único hábil, y al separarme de voz crée asegurados sus planes de casarme con alguna rica heredera, lo que vos en verdad mirariais con la mayor indiferencia.

Al hablar asi su agitacion le ahogaba, y Clemencia, conmovida ante tanto dolor, esclamó con dulzura:

—Tranquilizáos, Julio, yo os lo ruego.

—Soy muy desgraciado, continuó el jóven, porque os pierdo, cuando solo á vos y á mi madre amo en el mundo. Mi padre, ambicioso, egoista....

—No acabeis, Julio, no teneis derecho para juzgarle.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual continuó Julio:

—Teneis razon: he sido un loco al esplicarme así, y vos, como siempre, me recordais mi deber. Bien lo veis, todavía tengo necesidad de vuestros cuidados y consejos. Ah! si hoy no soy digno de vos, prometedme al partir que esperareis que un dia llegue á serlo.

—Ese seria un favor bien pequeño, añadió la jóven sonriendo, que no tendria gran importancia, porque estoy resuelta á no casarme nunca; pero aunque os le concediera; ¿para qué os serviria? Si hoy vuestros padres se oponen á vuestro cariño, ¿creeis obtener mañana su aprobacion?

—Eso queda á mi cargo, dejadme solo esperar que un dia podré contar con vuestro amor.

Y las palabras, la espresion de Julio demostraban que su alma participaba de la resolucion del hombre y la ingenuidad del niño: Clemencia reflexionando que una sola palabra de sus lábios destruiria todos sus propósitos, hizo un esfuerzo heróico, y le negó la esperanza que con el alma le concedia.

—Pues bien, esclamó Julio con amarga ironía, puesto que nada puedo esperar de vos, para nada quiero lo que os debo, y en breve, de los nobles sentimientos que me habeis inspirado, no conservaré ni la memoria.

Y al notar un movimimiento de terror que Clemencia no pudo disimular, añadió:

—Reflexionad que voy á entrar en la senda de la vida, en la cual vuestro amor hubiera sido el faro que me guiase al puerto de salvacion; nada mas os pedia que una palabra de compasion, una promesa de que un dia me amárais....

—Yo no puedo prometeros eso, he obrado como debia, y no puedo volverme atrás.

—Ah! comprendo, esclamó el jóven, cuya inteligencia iluminó un rayo de luz; vos habeis avisado á mi padre. Ah! nunca esperé de vos semejante crueldad!

Y como la jóven hiciese un movimiento, continuó Julio fuera de sí:

—Ya nada escucho; nada quiero saber. Nunca me habeis amado! ni me amareis jamás!

Y salió del cuarto y de la casa con estraviado ademan.

(*Se continuará.*)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

SOL Y MAR.

—Mar, el que en su oscuro seno
Las tempestades oculta,
Y al navegante sepulta
En sus entrañas de cieno,

Mar, el que atado se siente
Con invisible cadena
Al hondo lecho de arena
En que sumerje su frente,

Mar, el que su espalda agita
Bajo el cendal de la bruma,
Y en mil torrentes de espuma
Su hirviente saña vomita;

Génio maldito del mal,
¿Por qué cuando el sol desmaya
Vistes la desierta playa
Con tu manto de cristal?

¿Por qué el peñon solitario
Que besó mi luz un dia
Envuelves con onda fria
Como líquido sudario?

Ya que en mis fulgores bellos
Raudal de vida se encierra,
¿Por qué privas á la tierra
De mis brillantes destellos?

Si lo que mi rayo toca
Tórnase ameno vergel,
¿Por qué me impides, cruel,
Posarme en la parda roca?

Deja que en tu seno flores
Broten á mi soplo ardiente,
Y embalsamarán tu ambiente
De su cáliz los olores.

—Sol, el de rubios cabellos,
El que vida y bien encierra,
El que corona á la tierra
Con sus fulgentes destellos,

Biblioteca Nacional de España

¿Por qué á la bondad me incitas
Si es mi delirio fatal
Llevar rebramando el mal
Entre mis ondas malditas?

Doy al mundo cruda guerra,
Y estos desnudos peñones
Son desgarrados girones
De su vencida bandera.

¿Por qué pide tu locura
Cuando su dicha persigo,
Que te deje á mi enemigo
Coronar de la ventura?

Quien la peña sepultó,
Y abre á mis ondas la valla,
Cuando la tormenta estalla,
Es el destino, no yo.

Él, mi arenoso palacio
Va ensanchando á cada instante;
Él me llevará adelante
Hasta tragarme el espacio.

—¡Maldito Mar! con tus ondas
Cubres la tierra de cieno:
Yo desecaré tu seno
Hasta alumbrar lo que escondas.

—Mas negra nube vendrá,
Y sobre mi lecho triste
Lo que con tu luz sorbiste
En torrentes verterá.

—Yo gotas mil, Mar impío,
De tu manto arrancaré,
Y en flores las posaré
Convertidas en rocío.

—Mas cuando avance, verás
Que serán tus bellas flores,
Tronchadas por mis furores,
Verdosas algas no más.

—Con mi luz conseguiré
Tornar venturoso el suelo.
—Y yo en mi cárcel de hielo
Hundirle al fin lograré.

—Luchar es, pues, nuestra suerte.
—Disputémonos el suelo.
—¡Maldígate, Mar, el cielo!
—Guerra á muerte—Guerra á muerte.

—

Y así, en perpétua porfía,
Ya la peña descarnada
Se esconde en noche sombría,
O sobre el mar levantada
Se envuelve en la luz del dia.

Ya entre tinieblas y horrores
Gime sepultada y sola;
Ó ya del Sol los fulgores
Rasgan su mortaja de ola
Y ornan sus sienes de flores.

Y tal va la humana vida
Entre el bien y el mal flotando,
Ya en los abismos bogando,
Ya entre la luz suspendida,
Siempre incierta vacilando.

¡Roca en que nace una flor
Ó se baña en la amargura,
Enclavada peña dura,
Entre el Sol de la ventura
Y el negro mar del dolor!

EMILIO NIETO.

TEATROS.

Dos obras se han representado por primera vez en los coliseos de Madrid, durante la última semana. De ellas haremos hoy mérito pero con suma brevedad. Respecto de la una porque es tan escaso su valer que sólo exige una ligera indicacion para nombrarla: respecto de la otra porque estrenada recientemente y siendo produccion de algun empeño, sobre todo para la empresa que ha dispuesto su ejecucion, es menester verla con detenimiento para hablar de ella con algun acierto.

Es la primera de ambas producciones una zarzuela en tres actos y en verso, estrenada en el teatro de la calle de Jovellanos. Titúlase *De Versalles á Madrid*. En verdad no sabemos por qué decimos estreno, pues semejante obra es harto conocida del público. Basada sobre la comedia *Las Colegialas de San Cyr* que ha alcanzado la distincion de ser traducida mas de una vez, no sabemos si con justicia, carece el asunto en la novísima metamorfósis del necesario interés para entretener al público. Y si estuviese hecha con gracia, entonces del mal el ménos, pero por desdicha no es asi. El libreto resulta descompuesto y desabrido, sin elegancia literaria, y sin donaire. Para esto se han reunido los señores Serra y Pastorfido, cuyos nombres aparecieron en los carteles; no habiendo en la zarzuela en cuestion ni un rasgo feliz que revele el autor de *Don Tomás*.

La música que lleva *De Versalles á Madrid*, compuesta por dos jóvenes maestros, los señores Campo

Biblioteca Nacional de España

y Broca, es pálida y vulgar. Pasa sin dejar huella en la memoria ni el alma del oyente. Verdad que escribir á dicho libreto música graciosa y melódica es punto menos que imposible.

La ejecucion de esta zarzuela ha sido desafortunada.

Segun tenemos entendido, se ensaya en el coliseo de que hablamos otra obra en un acto, denominada *Una escapatoria*. Es original de una conocida escritora que ya ha conseguido triunfos en la escena.

Después de muy esperada, se estrenó el sábado último en el Circo la comedia de mágia en cuatro actos, original de D. Rafael María Liern, titulada *La Paloma azul*. Aunque como produccion escénica deja mucho que desear, se ve sin embargo con agrado por que en ella abundan trozos de versificacion que halagan el oido con su armonia, y chistes que promueven la risa de los espectadores.

Además, *La Paloma azul* se ha puesto con notable esmero, dado el estado de la maquinaria teatral española y el del escenario del Circo. Si mal no recordamos han presentado en ella diez y nueve decoraciones. Son las siguientes, cuya denominacion tomamos de un periódico de esta corte.

Acto primero. 1.ª Paisaje.—2.ª Gruta de la Fortuna.—3.ª Nubes.

Acto segundo. 1.ª Mansion de la Primavera.—2.ª Panorama de un monte.—3.ª Valle.—4.ª Reino de las aves.—5.ª Palacio de Godofredo.

Acto tercero. 1.ª Parque de Manrique.—2.ª Rocas.—3.ª Oasis.—4.ª Paisaje rústico.—5.ª Palacio submarino.

Acto cuarto. 1.ª Interior de una sima.—2.ª Biblioteca.—3.ª Bodega.—4.ª Ruinas de un panteon.—5.ª Valle.—6.ª Reino azul.

Ha sido llamado varias veces á las tablas el pintor señor Muriel.

Tambien lo fué el poeta señor Liern que recibió generales aplausos.

Los actores principales, á cuyo cargo estaba la ejecucion de la obra, se esforzaron laudablemente por el buen éxito de ella.

Es cuanto por hoy podemos consignar respecto de *La paloma azul*. Otro dia copiaremos algun trozo de la versificacion, si podemos disponer de un ejemplar impreso.

Diego de Rivera.

MODAS.

Esplicacion del **Figurin**, *núm.* 770, *bis.*

Num. 1. *Sombrero* de grós de Nápoles, blanco, con dos plumas blancas, la una caida hácia la izquierda y la otra al borde superior del ala: un bullonado de tul reemplaza el bavolet, del que parten dos barbas de tul flotantes sobre los hombros, adornando el sombrero por dentro un escarolado de cinta rosa.

Num. 2. *Cofia* de tul, de fondo caido, adornada de tres patas de terciopelo negro recortadas en cuadritos y guarnecidas de encaje. Bridas iguales á las patas, y grupo de flores por delante, la completan.

Num. 3. *Cofia para recibir*, cubierto el fondo de terciopelitos, y atravesados despues estos de trecho en trecho por entredoses de valenciennes. Componen el adorno de encima una escarapela de encaje, un lazo de terciopelo y una rosa, descendiendo de este grupo las bridas, que hacen juego con el fondo.

Num. 4. *Prendido* de sociedad ó teatro, que forma diadema de terciopelo verde, sobre la cual vuelven los bandós por los lados, descansando sobre ella, en forma de María Stuard, un terciopelo orillado de blonda por ambos bordes, que desciende flotante por los lados: una rosa al lado y rizos á la frente, completan el tocado.

Num. 5. *Cuerpo* de muselina, de forma suiza, bullonado en la parte superior y marcando escote cuadrado un terciopelo color malva, guarnecido de valenciennes: otros semejantes adornan la hombrera y puño, y otros mas estrechos cortan á distancias iguales los bullones.

Num. 6. *Cuerpo* de muselina de gran novedad, bullonada toda la parte de adelante, y cortada al biés por terciopelitos negros, que ademas la guarnecen alrededor: un solo bullon orillado de terciopelo forma la hombrera, y otros iguales á los del pecho adornan el bajo de la manga.

Num. 7. *Cuello* de lienzo fino con patas ó estolas, guarnecido de un valenciennes encañonado.

Num. 8. *Otro idem* de guipure con puntas prolongadas, y lazo con caidas igual al cuello.

Aurora Perez Miron.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, **P. J. de la Peña.**

MADRID.—1865.
IMPRENTA DE M. CAMPO-REDONDO.—OLMO, 14.

Biblioteca Nacional de España

Lamoureux imp. r. Lacépède 38 Paris

CORREO DE LA MODA

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris. Rue de Richelieu 92.

Ad. Goubaud Edit à Paris

770 bis

Lingeries et Parures de la Balayeuse *P.ce Vendôme. 4 — Chapeau d'*Alexandrine *r. d'Antin. 14*
Fleurs de Perrot Petit *et C.ie rue N.ve St. Augustin. 20 — Dentelles de* Violard *frères r. de Choiseul. 3.*

Entered at Stationer's LONDON. S. O. Beeton Publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine. 248. Strand W.C. MADRID El Correo de la Moda P.I. de la Pena

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España